

derarme ni el número de los mártires, ni sus atroces tormentos, ni su invicta constancia, ni tampoco en excitar mi entusiasmo, poniéndome delante de los ojos, caducos ancianos, débiles mugeres, tiernos niños, marchando impávidos á morir por su fé. Dudo mucho que en esta parte me exceda V. en sentimientos de respeto y admiración; así como no tiene V. que recelar que mi escepticismo llegue hasta levantar dudas sobre la inmensa muchedumbre de dichos mártires; no me agrada aguzar mi ingenio para combatir hechos de tan probada verdad. Mis impotentes negaciones no borrarían por cierto las páginas de la historia. Pero dejando aparte, y confesando expresamente la verdad del hecho, no puedo convenir en que puedan sacarse de él las consecuencias que VV. los cristianos pretenden; porque es bien sabido que el entusiasmo por una idea puede producir semejantes efectos; y en cuanto á la propagacion de las creencias cristianas que resultó de la persecucion, bien sabe V. que el secreto que prospera una causa es el hallarse contrariada, combatida, el poderse presentar sus defensores con honrosas cicatrices que acrediten profundas convicciones, é invicta constancia en sustentarlas. » No he querido cercenarle á V. ninguna parte de su argumento, ni escatimarle en lo mas mínimo el valor de la dificultad; pero tambien me ha de permitir V. que me extienda en la solucion de la misma, cual reclama la importancia de la materia.

Ante todo, acepto de buena gana la confesion de que el número de nuestros mártires es asombroso, no siéndolo menos las circunstancias de su martirio, ora se atienda á los tormentos, ora á las personas que los sufren. Y cuando la acepto con gusto, es solamente por la complacencia que me causa, el ver que V. no trata de empeñarse en combatir hechos de tan probada verdad;

pero nó porque sea esta una confesion á que yo no pudiese obligar á mi adversario; para lograr mi objeto no hubiera debido hacer mas que abrir las páginas de la historia; y como observa V. muy bien, esas páginas no se borran con *impotentes negaciones*. Las actas de los mártires no son devotas leyendas, inventadas para nutrir la piedad de los fieles, son documentos que han pasado por el crisol de la crítica mas severa. Ruinart, Mabillon, Natal Alejandro, Fleuri, Tillemon, Papebroche, Holstenio, y otros críticos por cierto nada sospechosos de excesiva credulidad, y cuya inmensa erudicion y refinado discernimiento les aseguran completa competencia, hubieran venido en mi ayuda, si V. no hubiese tenido la prudente precaucion de abstenerse de una contienda, en la que no hubiera llevado ventaja, á pesar de toda la brillantez de su talento: ¿qué valen los racionios contra hechos mas claros que la luz del dia? Solo la ciudad de Roma es un argumento irrefragable en confirmacion de la inmensa muchedumbre de los mártires. Se ha dicho que los subterráneos de la ciudad eterna eran un gran sepulcro: ¿digna peana de la cátedra de San Pedro: « Vimos, en la ciudad de Rómulo, decia Prudencio, innumerables cenizas de santos: si preguntas, ó Valeriano, por las inscripciones de los túmulos y los nombres de las víctimas, difícil se hace el responderte; tan grande es el número de los justos sacrificados por el furor impío de Roma idólatra! Hay en muchos sepulcros algunas letras que nos indican el nombre del mártir ó contienen breve alabanza; pero hay mármoles mudos que encierran silenciosa muchedumbre, y que solo significan el número: ¿Cuántos cúmulos de cadáveres sin ningun nombre! Acuérdomo que en solo un lugar ví las reliquias de sesenta, cuyos nombres solo conoce Cristo. »

Innumeros cineres sanctorum Romula in urbe
Vidimus, o Christo Valeriane sacer
Incisos tumulis titulos, et singula quæris
Nomina? Difficile est, ut replicare queam,
Tantos justorum populos furor impius hausit
Quum coleret patrios Troya Roma Deos,
Plurima litterulis signata sepulcra loquantur
Martyris aut nomen, aut epigramma aliquod,
Sunt et muta tamen tacitas claudentia turbas
Marmora, quæ solum significant numerum,
Quanta virum jaceant congestis corpora acervis
Nosse licet, quorum nomina nulla legas,
Sexaginta illic defossas mole sub una
Reliquias memini me didicisse hominum,
Quorum solus habet comperca vocabula Christus.

Así hablaba en el siglo iv este insigne español; por donde se echa de ver, que ya en aquellos tiempos causaban los subterráneos de Roma la profunda y religiosa admiracion que producen en los viajeros de nuestra época. Diez persecuciones cuenta la Iglesia bajo los emperadores gentiles, que son la de Neron, Domiciano, Trajano, Antoninio Vero, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano; en todas se cometieron horrendas atrocidades; y es necesario tener en cuenta que no se limitaba la persecucion á pocos puntos, sino que se extendia por todo el ámbito del imperio. Espanto causa el leer en los autores contemporáneos las tremendas escenas que ofrecia á cada paso la crueldad de los perseguidores luchando con la firmeza de los mártires: jamás religion alguna se vió sometida á tan dura prueba, jamás se mostró con mas evidencia la humanidad elevada á una altura inmensamente superior á sus fuerzas.

El entusiasmo por una idea dice V. que puede producir semejantes efectos; esta dificultad exige una res-

puesta detenida. No negamos nosotros que no puedan venir casos en que una persona se exalte de tal suerte por una idea, afecto, ó interés, que sea capaz de sacrificar su existencia: los ejemplos no fueran difíciles de encontrar en la historia de los tiempos pasados, y no faltan tampoco en los nuestros. Pero no se trata aquí de saber hasta dónde pueden llegar la fuerza y energia moral de este ó aquel individuo, vivamente poseido de un objeto; no se intenta disputar la posibilidad de dar gustoso la vida por él, y hasta de sufrir atroces tormentos: la fuerza de nuestro argumento no consiste en semejantes aserciones desmentidas por la razon y la historia; lo que decimos nosotros es, que atendida la humana flaqueza, no es posible sin particularísima asistencia del cielo, que por espacio de tres siglos, en todos los puntos del orbe conocido, se hayan encontrado en tan asombroso número personas de todas edades, sexos y condiciones, que hayan perdido alegres su hacienda, su honor á los ojos del mundo, y acabado finalmente su vida entre los tormentos mas crueles, solo por no querer abandonar la fé del Crucificado; esto decimos, y á quien nos contradiga, le exigiremos que nos muestre en los fastos de la humanidad un ejemplo semejante; no contentándonos con este ó aquel ejemplo aislado, le pediremos que nos los presente á millares de millares como podemos presentarlos nosotros: y seguros de que no le ha de ser posible, creeremos estar en nuestro derecho cuando afirmemos, que nuestra religion tiene un carácter de que están destituidas las otras.

Me dice V. « que todo pais ha tenido sus mártires, pues mártires pueden apellidarse los que mueren por la independencia de su patria, sacrificando generosamente su existencia á la felicidad de sus compatriotas; y que sin embargo no se ha creído nunca que para semejantes

actos fuese necesaria una gracia especial del cielo. » Esta observacion, mi estimado amigo, me hace sospechar que V. no ha meditado mucho sobre el corazon humano, en sus relaciones con los sacrificios, pues que de tal manera confunde las ideas, y no distingue cuáles son los que se nos hacen mas costosos. ¿ No ha pensado V. nunca en lo que va de valor á fortaleza, en la inmensa distancia que media entre acometer con denuedo un peligro ó esperarle con calma, entre arrostrar un riesgo pasajero, y tolerar resignadamente una larga cadena de trabajos y tormentos? Los hombres capaces de lo primero son en número muy crecido; pero son muy contados los que alcanzan á lo segundo. La razon lo convence; la historia y la experiencia lo atestiguan.

Es bien sabido que uno de los principales resortes que hacen mover al hombre, cuando obra en el orden puramente natural, son las pasiones; sin ellas, el corazon está frio; la razon combina, pero el brazo no ejecuta. Y cuando de pasiones hablo, no me refiero tan solo á inclinaciones malas, ni á movimientos del ánimo hasta tal punto exaltado, que pierda de vista los principios de la sana razon, y los consejos de la prudencia. Bajo el nombre de pasiones, comprendo tambien todos los sentimientos legítimos y generosos, todas las afecciones del alma, aun las mas tranquilas y templadas; con tal que no pertenezcan al orden de la pura razon, y á los actos de voluntad que solo dimanar de aquella; comprendo todos los impulsos espontáneos que nos llevan á un objeto como instintivamente, prescindiendo de la direccion del entendimiento: en una palabra, y para expresarme en lenguaje menos exacto, pero mas llano y quizás mas acomodado al comun de los espíritus; por pasiones entiendo, todo lo que suele llamarse movimientos del corazon.

Sabemos por la experiencia propia y la ajena, que cuando estos movimientos existen, nos hallamos mas dispuestos á obrar en el sentido en que ellos nos impulsan; y que cuando faltan, por mas profundas que sean nuestras convicciones, y firme y decidida la voluntad, estamos tocados de una debilidad, de una indolencia, que necesitamos hacer grande esfuerzo para vencerlos, si la accion de que se trata se opone en algo á nuestras inclinaciones naturales. Supónganse dos hombres igualmente persuadidos del mérito de la beneficencia, en igualdad de medios para ejercerla, en idéntica oportunidad para practicarla; pero de tal suerte que el uno esté dotado de un corazon compasivo y bondadoso, mientras el otro lo tenga naturalmente frio. La parte superior del alma, es decir la razon y la voluntad, se hallan en el mismo estado en el primero que en el segundo: y sin embargo; quién no ve que para aquel será un verdadero placer el desprendimiento con que socorra el infortunio de sus hermanos, y que para este será un sacrificio? El uno tendrá una pasion, sentimiento, movimiento del corazon, ó llámese como se quiera, que le impulsa á la beneficencia: padecerá, si no hace bien; la miseria del prójimo se le ha comunicado en cierto modo, porque dejando intacta su fortuna y su salud, le hace compatir el sufrimiento del desgraciado: cuando le dispense el auxilio, experimentará un desahogo, recobrará el bienestar perdido, renacerá en su alma la tranquilidad disipándose la angustia; percibirá la dulce satisfaccion de haber cumplido un deber, que sentia como una necesidad en el fondo de su alma. Nada de esto se verificará en el hombre de corazon frio, por mas recta que sea su razon, por mas ajustada que á ella conserve la voluntad. Si socorre al infeliz, será obrando conforme le dicta su conciencia; pero obedeciendo los preceptos de esta, no

sentira aquella expansion, aquella ternura que inunda de gozo y de placer un corazon compasivo; antes, al contrario, se verá precisado á luchar con la dificultad, que mas ó menos siempre trae consigo, el desprendernos de lo propio para darlo á los otros.

Este ejemplo hace sensible, y por decirlo así, palpable, la poderosa influencia que sobre nuestros actos ejercen las inclinaciones del corazon. De esto inferiré que cuando nos encontramos en situaciones en que una pasión cualquiera está vivamente desarrollada y activa, no es extraño que preponderando sobre las demas, y hasta sobre el instinto natural de la propia conservacion, llegue al punto de hacernos acometer arduas empresas y arrostrar los mayores peligros. Así, un militar en el campo de batalla, á la vista de sus compañeros de armas testigos de su valor ó de su cobardía, enardecido con el aparato guerrero, con el son de las músicas marciales, de los tambores y clarines, sediento de venganza contra un enemigo que está diezmando á sus inmediaciones á sus amigos y compañeros, no debe parecer tan extraño que con denodado impetu se arroje á la muerte gloriosa; mayormente conservando como conserva siempre alguna esperanza de evitarla, y conquistando con su valor el aprecio y la admiracion de cuantos le contemplan. Entonces vemos desplegados, el amor de la patria, el de la gloria, la ambicion halagada con el premio, obrando todos á la vez sobre un ánimo exaltado por lo crítico de las circunstancias, por la presencia de un riesgo inminente, estando ademas el cuerpo en la disposicion mas favorable para mantener en viva actividad y efervescencia las pasiones, con la agitacion y el calor de la refriega. En casos semejantes, hay una verdadera lucha de inclinaciones contra inclinaciones; y natural es que prevalezcan aquellas que estando mas

en armonía con la situacion, son mas á propósito para ponerse en vivo movimiento, influir sobre la voluntad, y su focal las demas que tiendan á parar ó moderar el impulso.

Estas observaciones manifiestan cómo se verifica que muchos hombres desprecien la vida en defensa de una causa; y nó porque deba entenderse que para llegar á este punto sea preciso que el ánimo se encuentre en la exaltacion que acabo de describir; pueden venir circunstancias en que sin hacerse tan sensible el fenómeno, se verifique de una manera mas ó menos semejante. Así, un jóven que se halla empeñado en uno de los lances que se apellidan *de honor*, no está en el mismo caso de un militar en el campo de batalla; sin embargo, y por mas que en apariencia la situacion se muestre muy distinta, no lo es tanto en la realidad si la examinamos en sus relaciones con las causas que impelen al desprecio de la vida. Una preocupacion funestisima, pero que por esto no deja de estar arraigada en muchos espíritus, le hace creer, que si no acepta el duelo que se le ofrece, ó si él á su vez no desafía á su adversario, segun es la ofensa recibida, se cubre de ignominia y baldon, y no podrá presentarse á la sociedad sin la deshonrosa nota de cobarde. En el hombre constituido en esta alternativa, no vemos ciertamente tan de bulto los motivos que le impulsan á arrostrar el peligro, como los hemos visto en el soldado; no se nos muestra tan patente la agitacion del ánimo fluctuante entre el temor y la esperanza, entre el amor de la vida y el del honor; pero no deja por esto de existir la lucha, y tan viva quizás como existir puede en el campo de batalla. Por mas vanidad que entre muchas veces en el sentido de la palabra *honor*, no puede negarse que ejerce sobre nuestro ánimo una influencia tan viva, tan mágica, que ni la salud ni la fortuna producen en nuestro espíritu un efecto tan fuerte é instantáneo.

Dejando á parte el exámen de las causas, consigno aqui el hecho, para manifestar que en el caso supuesto hay tambien una verdadera exaltacion de ánimo, una pasion fuerte que sojuzga las demas, sometiéndolas á su tiránico imperio, y arrastrando el corazon dominado, hasta el deplorable extremo de poner la vida como cosa liviana.

Creo, mi estimado amigo, que las observaciones que acabo de emitir son bastantes para que se distinga el valor de la fortaleza, y para que resalte cuán diversas cosas son el acometer intrépido un peligro por inminente que se ofrezca, y el sufrir con inalterable calma los mayores tormentos, marchando sereno á una muerte segura, inevitable, erizada de los padecimientos mas atroces. En el primer caso, vemos unas pasiones contra otras, vemos el ánimo sostenido por mil motivos que le impulsan, y que al mismo tiempo le distraen de lo que pudiera apartarle de dar cima á la empresa. Padecimientos, ó no los hay, ó son muy breves, ó compensados con alternativas ó esperanzas de recreo, de placeres, de gloria. En el segundo, vemos la razon y la voluntad luchando con todas las pasiones, vemos al hombre superior en oposicion con el hombre inferior; aquel pertrechado con la idea del deber, con la esperanza de un grande objeto; este con todos los atractivos, todas las amenazas, todos los temores, todas las vicisitudes que se agitan en esa region tempestuosa, que no sabiendo cómo apellidarla, le damos el nombre de corazon.

No intento decir con esto, que no pueda hallarse en el órden puramente natural, un desprendimiento asombroso, ni que en todos los actos que denominamos heroicos deba suponerse una gracia sobrenatural; semejante asistencia no la tuvieron ciertamente los gentiles ni tantos otros héroes pertenecientes á falsas sectas; si

embargo encontramos en ellos rasgos sorprendentes que nos entusiasman y admiran. Régulo volviendo á Cartago despues de haber dado un consejo que le habia de costar la vida, Scévola con la mano en el brasero, y otros rasgos que nos ofrece la historia antigua, son en verdad indicios evidentes de lo que puede ejecutar el hombre abandonado á sus fuerzas naturales; pero no destruyen el argumento que nosotros sacamos de nuestros mártires. Los héroes de que estamos hablando son muy contados, los nuestros son innumerables; los héroes eran por lo comun hombres formados, endurecidos con los trabajos de la guerra, agrandado su espíritu con la intervencion en los negocios públicos, ávidos de gloria, colocados en circunstancias críticas, en que el peligro de la patria daba vuelo á su entusiasmo, y energía á su denuedo; entre los mártires se ven ancianos, mugeres, niños, hombres de las condiciones mas humildes, que no habian ocupado jamás puestos distinguidos, y que por tanto no habian podido adquirir aquel fiero orgullo, que siendo una de las pasiones mas poderosas de nuestro corazon, nos comunica á veces una firmeza de que sin él no fuéramos capaces.

Para formarnos ideas del mérito de los mártires acerquémonos á uno de aquellos ilustres presos, tan desgraciados á los ojos del mundo, tan felices en Jesucristo. Su nombre no se sabe, su categoria es oscura; ¿por qué se halla detenido? porque cree que un Hombre que murió injusticiado en la Palestina, es Hijo de Dios, y verdadero Dios, que tomó nuestra naturaleza para satisfacer por nuestras deudas á la justicia del eterno Padre. ¿Qué vemos en su alrededor? el desprecio ó la compasion, ó el odio de cuantos le contemplan; unos le miran como insensato, otros le califican de fanático, estos le apellidan iluso, aquellos le achacan los mas feos crímenes. Ni un

rayo de gloria mundana, ni un consuelo sobre la sierra. No busqueis en su situacion nada que pueda confortarle, haciendo que su naturaleza obre por reaccion contra los males que le abrumen. Todas sus pasiones se hallan amortiguadas con el abatimiento y postracion á que está reducido el cuerpo; y si el orgullo quisiese levantar su frente, nada ve en torno de sí que pueda halagarle ni sostenerle. ¿Qué semejanza se encuentra entre el héroe de la Religion y los héroes del mundo?

Se me dirá que la esperanza de una vida mejor les hacia llevaderos los padecimientos y agradable la muerte; es cierto, y esto no lo negamos los cristianos; pero cabalmente en la misma resolucion de sacrificar á lo futuro todo lo presente, de sobreponerse á todas las inclinaciones naturales, de menospreciar todo cuanto los rodeaba y hasta su propia existencia, en esta resolucion, repito, se descubre la accion sobrenatural de la gracia divina; pues que á tanto no alcanza la flaqueza humana abandonada á sus propias fuerzas. Ya en otra de mis anteriores hice notar que el hombre propende por naturaleza á dejarse llevar de las impresiones de momento, y que todo lo que mira en lontananza, sea bien ó mal, tiene para él escaso interés. Esto lo estamos palpando por desgracia en buena parte de los cristianos, que creyendo las terribles verdades de nuestra religion, viven tan olvidados de ellas, cual bacerlo pudieran los gentiles. Por esta causa, al ver que un número tan asombroso de personas de todas edades, sexos y condiciones, se hace superior á esta debilidad de nuestra naturaleza, contrariando sus inclinaciones con decision tan heróica, es preciso reconocer que hay aquí algo que se levanta sobre la region natural, algo en que el Omnipotente se complace en manifestar de cuánto es

capaz lo débil, cuando su brazo todopoderoso se propone hacerlo fuerte.

No sé, mi estimado amigo, si estas reflexiones le habrán convencido á V. plenamente; pero atendido su buen juicio, me atrevo á esperar que sí. No puedo persuadirme que su claro entendimiento no vea la inmensa diferencia que va de nuestros mártires á los héroes del mundo, sean del orden que fueren; V. no ignora la historia; recapacite cuanto ha leído, y no encontrará nada que á tamaño prodigio sea comparable. ¿Qué causas naturales puede V. imaginar para explicarle? El entusiasmo? pero un sentimiento tan pasajero, ¿cómo es dable que se sostenga por espacio de tres siglos? cómo puede propagarse por todo el mundo conocido? ¿La gloria humana? pero tantos que perecian sin dejar ni siquiera su nombre, ¿cómo podrá decirse que muriesen por la gloria? ¿Y qué clase de gloria será esta que así atrae al fogoso jóven como al caduco anciano, á la matrona como á la doncella, al adulto como al niño, al sabio como al ignorante, al rico como al pobre, al magnate como al mendigo? Pongámonos de buena fé, y será preciso reconocer que por mas poderoso que sea sobre nuestro corazon el ascendiente de la gloria, no alcanzó jamás á producir un efecto tan grande, tan universal, en situaciones y personas tan diferentes; pongámonos de buena fé, y descubriremos aquí el dedo de Dios.

Si los cristianos hubiesen sido pocos, y habitado todos en paises muy vecinos, viviendo sujetos á las mismas influencias y durando su religion muy corto tiempo, entonces no fuera tan contrario á razon el decir, que se introdujo entre ellos cierta exaltacion de ánimo, y que se fué comunicando de unos á otros. Pero, ¿por todo el mundo y por espacio de tres siglos, y siempre la misma

constancia! Reflexione V., mi estimado amigo, sobre esta última observacion, que ella sola basta para disipar todas las dificultades.

Paso ahora al otro punto indicado en la apreciada de V. relativo á la fuerza que puede tener el argumento fundado en la rápida propagacion del cristianismo, á pesar de la horrible persecucion á que por tanto tiempo estuvo sujeto. Dice V. que ya es cosa sabida que el mejor medio de hacer prosperar una causa, y difundir una doctrina, es emplear contra ellas la violencia; pues desde el momento que sus defensores llevan en sus frentes la aureola del martirio, excitan la admiracion y entusiasmo en cuantos los contemplan, y arrastran un mayor número de prosélitos. Mas de una vez he meditado sobre esto que V. y otros afirman sobre la fuerza propagadora entrañada por la persecucion; y confieso ingenuamente, que ora haya escuchado los dictámenes de la filosofia, ora me haya atendido á las lecciones de la historia, jamás he podido persuadirme de que fuese un buen medio de apoyar una causa el perseguirla á sangre y fuego.

En esta parte hay mucha confusion de ideas y de hechos, que es necesario aclarar. Para lograrlo propondré separadamente algunas cuestiones de cuya resolucion depende el formar acertado juicio sobre la principal que es examina. ¿Es verdad que la vista de la persecucion excite entusiasmo ó interés en favor del perseguido? A esta pregunta no se puede responder sin distinguir. O el perseguido es considerado como inocente, ó como culpable: en el primer caso, sí; en el segundo, nó. Lo mas que podrá inspirar será compasion, pero esta nada tiene que ver con el entusiasmo, ni el interés de que se trata. En lo que acabo de asentar no cabe duda; y de ello se infiere, que cuando se afirma en general que la persecucion honra, que ilustra, que excita sim

patias, se dice una verdad si se habla del que es mirado como inocente, y solo con respecto á los que le consideran como tal; solo á los ojos de estos es un verdadero perseguido; á los de los otros, no tiene propiamente este carácter, no es una víctima de la persecucion, sino un objeto de la vindicta pública. Resulta de lo dicho, que si en un país se suscita una persecucion contra una causa ó una doctrina, si estas son consideradas como justas y santas, los que por ellas sufran serán respetados y admirados; pero si son reputadas falsas, injustas, contrarias al bien comun, entonces el castigo de los criminales lejos de excitar semejante admiracion y respeto, inspirará á lo mas sentimientos de estéril compasion en favor de los que se supongan ilusos, ó como suele decirse, engañados de buena fé.

No se hallaban por cierto los mártires cristianos en situacion favorable, en ninguno de los sentidos que acabo de indicar. Profesando una religion diametralmente opuesta á todas las recibidas en la generalidad de los pueblos, predicando que el culto tributado á los dioses reinantes no era mas que criminal idolatría, apartándose de las diversiones de los gentiles como de abominaciones nefandas, eran mirados con aversion, con odio, con execracion, se los abrumaba de calumnias, se los consideraba como enemigos del resto de los hombres, como perturbadores de la sociedad; y para hacerles apurar las heces del cáliz, se les achacaba que en la celebracion de sus misterios cometian horrendos crímenes. Nadie ignora el frenesí con que se pedia la sangre de los confesores de Jesucristo: *los cristianos á las fieras, los cristianos al fuego*: este era el grito que se levantaba por todos los ángulos del mundo. Cubiertos de insultos, de befa y de escarnio, mientras espiraban entre los tormentos mas atroces, teníanse á gran dicha si en la tinie

blas podian salir de sus lóbregadas moradas algunos hermanos que diesen sepultura al mutilado cadáver entregado por pasto á los brutos carniceros. Ahora, al contemplarlos sobre los altares, al oír que se les entonan himnos de alabanza, al saber que ciñen en el cielo la inmarcesible corona cuyos resplandores se reflejan en los cultos que se les tributan en la tierra, cuéstanos trabajo el concebir todo el horror de la situación en que se hallaban, en los formidables trances de sus tormentos y muerte. Nó, no veían en torno de sí ese respeto, esa admiración que nosotros ahora les ofrecemos; veían sí el odio, el insulto, la calumnia, y lo que quizás es mas doloroso para el corazón humano, la burla y el desprecio. Solo Dios era su consuelo, solo Dios era su esperanza; solo Dios era su sosten en aquellos terribles momentos en que luchando con el mundo, y consigo mismos, arrostraban impávidos la muerte por confesar la fé del Crucificado. No bastan para semejantes prodigios las causas naturales, no bastan los esfuerzos de la débil humanidad; á quien no se contente con semejantes razones le opondremos el famoso dilema: ó estaban sostenidos milagrosamente por el cielo, ó no lo estaban; si lo primero, entonces os hallais de acuerdo con nosotros; si lo segundo, os diremos que este es el mayor de los milagros, el hacer sin milagro cosas tan milagrosas.

Inferiremos de esto, que la constancia de los mártires no pudo estar sostenida por el placer de excitar admiración y entusiasmo; y así viene al suelo lo que pudiera decirse que los honores de la persecución ilustrando á las víctimas, contribuían á destruir el objeto que se proponía el perseguidor.

¿Es cierto que el perseguir una doctrina sea buen medio para propagarla? La pregunta parece ya algo extraña á primera vista; sin embargo esto es lo que á cada paso

se sustenta, contradiciendo abiertamente la filosofía y la historia. Si se afirmase que la verdad se abre paso al través de la persecución, el aserto sería muy diferente; pero pretender que la persecución misma haya de ser un vehículo, es un absurdo; á no suponer que de este vehículo se sirva para sus altos fines la infinita sabiduría del Todopoderoso.

El hombre ama naturalmente el bienestar, tiene un fuerte apego á la vida, un grande horror á la muerte; luego los tormentos y el patíbulo son poderosos resortes para apartarle de una causa que le exponga al riesgo de sufrirlos. Me habla V., mi estimado amigo, de «la belleza del sufrimiento, de la brillante aureola que circunda las sienes de la víctima que marcha serena á ofrecerse en holocausto;» todo esto es verdad; pero temo mucho que no sea muy á propósito para influir sobre la generalidad de los hombres; temo mucho que en la práctica no se ha de presentar la causa tan encantadora y atractiva como se nos muestra en los libros. Y no me eche V. en cara que tengo el corazón poco sensible, que no comprendo toda la sublimidad de las acciones heroicas; la siento y la comprendo muy bien; pero tratándose de examinar la realidad, y nó las ficciones, se me hace preciso atenerme á lo que estoy viendo en las páginas de la historia, y me están enseñando las lecciones de la experiencia. ¿Cuántos son los hombres generosos que sacrifican su bienestar, su fortuna y su vida, por la causa de la verdad y de la justicia? Son ahora, y fueron en todos tiempos, muy pocos; y la misma admiración que nos inspiran es una prueba evidente de que tan heroica fortaleza no es el patrimonio comun de la humanidad. ¿Quiere V. partidarios? Distribuya honores, prodigue riquezas, abreve de placeres; que si no tiene otra cosa que palmas de martirio, bien pronto verá desaparecer los prosélitos y

los amigos, bien pronto se quedará V. con pocos rivales que le disputen la aureola de una vida de padecimientos, y de una muerte afrentosa.

A decir verdad, no creia yo que debiese hallarme en la precision de recordarle á V. estas verdades, que por tristes, no dejan de ser verdades; imaginábame que siendo V. escéptico, debia de ser algo mas *positivo*; y que vi- viendo en épocas de vicisitudes, habria aprendido á co- nocer mejor á los hombres, y á formarse ideas mas exac- tas sobre las inclinaciones de nuestro corazon.

El buen sentido de la humanidad ha rechazado en to- dos tiempos esa invencion filosófica de las ventajas de la persecucion: los tiranos se han engañado algunas veces abusando desmedidamente del hierro y del fuego; pero en medio de sus excesos andaban guiados de una idea verdadera, cual es, que para destruir una causa ó sufocar una doctrina, es un excelente medio el erizarlas de peligros y de males para cuantos intenten seguirlas. Yo ando buscando en la historia los buenos efectos de la persecucion en pro de la causa perseguida, y no los encuentro. Hallo una excepcion en el cristianismo; pero esto mismo me lleva á pensar que la causa de la excep- cion está en la omnipotencia de Dios. El apedreamiento de san Estéban inauguró una era de triunfos, abriendo el glorioso catálogo de los mártires cristianos; pero la cicutu de Sócrates no veo que les inspirase á los filóso- fos el deseo de morir: la *prudencia* ganó mucho terreno. Platon al anunciar ciertas verdades delicadas cuida de encubrirlas con cien velos.

Pasando á tiempos posteriores, observo el mismo fe- nómeno: así, por ejemplo, la secta de los Priscilianistas contra la cual se desplegó mucho rigor, veo que se en- contró atajada en sus progresos hasta extinguirse casi del todo. Una de las religiones que mas extension han

alcanzado, fué sin duda la de Mahoma; y por cierto que sus progresos no se debieron á la persecucion, sino á las armas con que arrolló á sus adversarios, y á los ha- lagos con que arrastró gran número de prosélitos. Cuando las guerras religiosas del mediodía de la Fran- cia en tiempo de los Albigenes, tampoco veo que estos sectarios medrasen con la contrariedad; muy al revés, fuéronse disminuyendo cada dia, hasta llegar á un esta- do de postracion y casi aniquilamento.

Me dirá V. que el protestantismo cundió y se arraigó á pesar de todos los contratiempos que tuvo que sufrir; y que así como la llamada reforma se extendió á pesar de las persecuciones, no es extraño que aconteciese lo propio con respecto al cristianismo. Yo no sé dónde han encontrado VV. estas tremendas contrariedades y perse- cuciones sufridas por la malhadada reforma; no parece sino que estamos hablando de las épocas de los geroglí- ficos, pues que de tal manera se trastornan los hechos, y se hacen comparaciones absurdas.

Echemos una ojeada sobre la historia de los primeros tiempos del protestantimo, y veremos que estuvo muy distante de deber sus progresos á las ponderadas perse- cuciones. En Alemania, desde el momento de su apari- cion, contó de su parte muchos y muy poderosos soste- nedores: entre ellos algunos principes que lo manifes- taron abiertamente, ora protegiendo por varios medios la difusion y arraigo de las nuevas doctrinas, ora ape- lando á las armas, cuando creyeron llegado el caso de emplear la violencia. Lo que en Alemania, aconteció á poca diferencia en los demas paises del continente, mas ó menos infestados por el protestantismo; sin exceptuar la Francia, donde es bien sabido que á mas de los patro- nos que encontró en las clases elevadas, pudo contar durante mucho tiempo, con uno que valia por todos:

Enrique IV. No es menester recordar la historia de Enrique VIII de Inglaterra; nadie ignora de cuáles medios echó mano este violento monarca, para propagar y arraigar el cisma á que le lanzara su ciega pasion; y el sistema de este perseguidor continuó en los reinados siguientes, con igual si nó con mayor recrudescencia.

A poco de haber nacido el protestantismo ya tenia en su favor grandes ejércitos, poderosos príncipes, naciones enteras; ¿ qué punto de comparacion hay entre la propagacion de la llamada reforma y la de la religion cristiana? Si no le faltaron algunos que se sacrificaron por ella, recuerde que en esto no sucedió sino lo mismo que se verifica en todas las causas civiles: siempre de uno y otro lado se ven fogosos partidarios que ó mueren peleando en el campo de batalla, ó tienen bastante aliento para arrostrar los cadalsos.

Figurémonos que por espacio de tres siglos hubiese debido luchar con las horribles persecuciones de que fué víctima el cristianismo: ¿ dónde estaria actualmente? ¿ Queréis saberlo? observad lo acontecido en los países donde se le reprimió con mano fuerte. En Francia, tuvo diferentes alternativas de indulgencia y de rigor; pero tan pronto como se emplearon contra él las medidas severas con alguna perseverancia, fué debilitándose, casi hasta llegar á desaparecer. ¿ A qué estaba reducido algun tiempo despues de la revocacion del Edicto de Nantes? Jamás ha podido reponerse de los golpes que le descargó Luis XIV; siendo de notar que aun en la actualidad, despues de tantos años de tolerancia, es todavía muy insignificante. En aquel país, la inmensa mayoría está dividida entre el catolicismo y la incredulidad.

Lo sucedido en España, puede darnos una idea de la fortaleza del protestantismo para hacer frente á la persecucion. Sabido es que á mediados del siglo xvi habia

alcanzado bastantes prosélitos, siendo tanto mas peligrosos, cuanto pertenecian á categorías distinguidas. La Inquisicion, sostenida y alentada por Felipe II, desplegó contra los sectarios el rigor que nadie ignora; al cabo de poco, ya no se hablaba de partidarios de las nuevas doctrinas. ¿ Era esta la conducta de los primeros cristianos? ¿ Abandonaban tan fácilmente el terreno donde habian logrado hacer algunas conquistas? Dígalo el mundo entero, dígalo especialmente esta misma España, regada y fecundada con la sangre de tantos mártires. Nada vale el alegar el rigor de la Inquisicion; este rigor no podia por cierto compararse con el empleado por los procónsules del imperio; por mas horribles que se quieran pintar las penas aplicadas á los herejes, no se las encontrará semejantes á las que sufriera san Vicente.

Lo que se ha dicho de España, puede decirse de Portugal y de Italia, por manera que el protestantismo no llegó á conservarse en ninguno de los países en que se vió precisado á arrostrar una contrariedad sostenida. Donde se trató seriamente de extirparle, fué extirpado; presentando un contraste notable con el catolicismo, que aun en los reinos donde sufrió mayores quebrantos, se ha conservado siempre, sin que sus perseguidores hayan alcanzado á lograr su completa desaparicion. En confirmacion de esta verdad recuérdese lo sucedido en la Gran Bretaña.

Yo no sé, mi estimado amigo, qué es lo que puede responderse á las razones que acabo de exponer; paréceme que despues de haberlas leído, se le habrá presentado á V. algo mas robusto el argumento que se funda en la *sangre de los mártires*. Examine V. con detencion é imparcialidad este grande hecho que hace á la vez horrosas y sublimes las primeras páginas de la historia de la Iglesia; y no dudo que verá en él algo ma-

raviloso, que no es posible explicar por causas naturales. Creo haber desvanecido las dificultades que le im-
pedian á V. el dar á nuestro argumento toda la impor-
tancia que se merece. Como quiera, estoy seguro de que
no podrá V. echarme en cara que haya esquivado el
tratar la cuestion bajo todos los aspectos, ni procurado
disminuir en lo mas mínimo la fuerza de la dificultad,
para no hallarme en la precision de deshacerla. Si no he
podido avenirme con ideas que daba V. por recibidas,
tampoco me he tomado la libertad de rechazarlas, sin
aducir las razones en que me apoyaba. Tratando uno
con escépticos, es preciso no mostrarse crédulo en de-
masía; y por consiguiente conviene no aceptar sin exa-
minar, aun cuando sea necesario contradecir autorida-
des filosóficas que pasan por respetables. Mucho desearia
que pudiésemos continuar discutiendo sobre los motivos
de credibilidad; pero atendido el curso que va tomando
la polémica, no sé si despues de haber andado V. pri-
mero por el infierno, y despues por los cadalsos de los
mártires, otro dia se me plantará de un vuelo entre
los conciertos de los querubines. Entre tanto, vea V. en
qué puede complacerle este S. S. Q. B. S. M.

J. B.

CARTA VI.



Mi apreciado amigo: si no tuviera otras pruebas de la
verdad que se encierra en aquella doctrina de los cató-
licos, de que *la fe es un don de Dios*, no me inclinaria
poco á tenerla por cierta la experiencia de lo que he
visto en V., y otros que han tenido la desgracia de apar-
tarse de la fe de sus mayores. Disputan, escuchan, al
parecer con docilidad, hacen concebir las mayores espe-
ranzas de que van á rendirse á la evidencia de los ar-
gumentos con que se los apremia, pero al fin salen con
un frio *qué sé yo*, que hiela la sangre, y disipa de un gol-
pe todas las ilusiones del fiel que estaba anhelando el
momento de ver entrar en el redil la oveja extraviada.
Así lo hace V. en su última; nada tiene que objetarme
á lo que he dicho sobre la *sangre de los mártires*, con-
fiesa que ninguna religion puede presentar un argu-
mento semejante, manifiéstase satisfecho del contenido
de mis anteriores con respecto á los varios puntos que
formaban el objeto de sus dudas; y cuando me saltaba
el corazon de alegría pensando que iba V. á decidirse, no